

GROWN UP LANGUAGE

The Rig

La Plataforma

A Survival-Horror Novella for Beginner
Learners (A2) · Mexican Spanish

FREE SAMPLE

grownuplanguage.com

Prólogo — Lo que quedó abajo

Hace muchos años, la plataforma todavía sacaba petróleo¹ del mar.

Estaba lejos de la costa, en el Golfo de México, sobre unas patas² de hierro clavadas³ en el fondo. De día y de noche, las máquinas hacían ruido. Cientos de hombres trabajaban en ella. Abajo, muy abajo, cerca del agua, había una sección vieja: el laboratorio.

En el laboratorio había un tanque⁴ grande, medio lleno de petróleo. Era petróleo crudo, negro y espeso⁵. Los científicos hacían pruebas con él. Querían limpiar el mar. Nunca lo lograron.

Con los años, el tanque se volvió un basurero⁶. La gente tiraba⁷ cosas dentro: químicos, aceite viejo, agua sucia. También caían cosas del mar —peces muertos, algas, sangre y pedazos⁸ de

animales. El olor era terrible. Todo se pudría⁹ junto, despacio, en lo negro. Nadie miraba. Nadie limpiaba.

Un día, la empresa cerró la plataforma. El mundo ya no quería tanto petróleo; había otras energías, más limpias, y el petróleo viejo dejó de dar dinero. Los hombres se fueron en helicópteros y en lanchas. Apagaron las máquinas. Cerraron las puertas.

Nadie vació el tanque.

Se olvidaron de él. Se olvidaron del laboratorio, allá abajo, en la oscuridad, cerca del agua.

Pasaron los años. La plataforma se quedó sola en el mar, la cosa más alta en kilómetros de agua. El viento la golpeaba. El metal se oxidaba¹⁰.

Y llegaban las tormentas. Cada año, muchas veces, los rayos¹¹ caían sobre la torre de hierro. Uno tras otro, año tras año. Cada rayo bajaba por el metal, hasta el fondo, hasta el tanque. Hasta lo negro.

Y en lo negro, algo cambiaba. Muy despacio. El petróleo, los químicos, los animales muertos, la sangre... y el rayo, otra vez y otra vez, uniéndolo todo. Cocinándolo.

Lo negro estaba quieto. Después, ya no.



En el tanque, en lo negro, el rayo baja por el metal.

En la oscuridad, algo se mueve.

Es lento. Es espeso. Sube por las paredes del tanque, muy despacio, y vuelve a bajar. Busca. No tiene ojos, pero busca.

Espera.

Arriba, muy lejos, un helicóptero se acerca a la plataforma. Trae gente nueva.

Lo negro, abajo, en la oscuridad, espera.

Vocabulary

ESPAÑOL	ENGLISH
<i>el petróleo</i>	oil / crude oil
<i>las patas</i>	legs (of the rig)
<i>clavado/a</i>	driven / fixed (into)
<i>el tanque</i>	tank
<i>espeso/a</i>	thick (of a liquid)
<i>el basurero</i>	dump / garbage place
<i>tirar</i>	to throw / dump
<i>el pedazo</i>	piece / bit
<i>podrirse</i>	to rot
<i>oxidarse</i>	to rust
<i>el rayo</i>	lightning bolt

Grammar — the present tense makes it happen NOW.

Look at the last part of this prologue. The story starts in the past — *the platform pumped oil, the men left, the years passed* — but then it switches to the **present tense**: *algo se mueve* (“something **moves**”), *lo negro espera* (“the black thing **waits**”). This is not an accident.

The present tense pulls you *into the moment* — the black thing is moving **right now**, as you read. The whole rest of this book is written in the present tense for exactly this reason: in horror, the danger is always **now**. Watch for it.

Summary: Years ago, this was a working oil rig, far out in the Gulf of Mexico. Deep down near the water was an old research lab with a big tank half-full of thick black crude oil. Over the years, people dumped chemicals, waste, and dead sea-life into the tank, and no one ever cleaned it. As the world moved to cleaner energy and stopped wanting the old oil, the company shut the rig down and left — but nobody emptied the tank. It sat forgotten in the dark for years, while storms hit the tall iron tower again and again, and each lightning strike ran down the metal into the tank. Slowly, in the black, something came alive: something thick and blind that moves, and searches, and waits. As the prologue ends, a helicopter is approaching the rig with new people aboard — and the black thing, far below, is waiting for them.

Capítulo 1 — El último turno

El licenciado Bravo está sentado adelante, a la derecha, en el helicóptero, con su traje¹ azul y su portafolios² sobre las piernas. Su maleta viaja atrás, con la carga. Hace calor. La pista³ de Ciudad del Carmen huele a sal y a gasolina. Dos guardias con uniforme suben y se sientan atrás.

—Buenos días, director⁴ —dice uno.

Bravo contesta con la cabeza. Conoce a los dos. Buenos muchachos.

Dentro del portafolios hay papeles, un teléfono y una caja pequeña con un moño⁵ rojo: un regalo para su esposa. Bravo lo compró ayer. Es para después. Para el final.

Porque este es su último turno⁶. Un mes más en la plataforma, y se acabó. Después: su casa, su esposa. Una vida normal, en tierra.

Veinte años trabajando en prisiones. Ya es suficiente.



Bravo en el helicóptero, con su portafolios sobre las piernas.

Su esposa está enferma. Desde hace dos años hay más días malos que buenos. Treinta años casados, y Bravo está aquí, en el mar. Eso también se acabó.

Ella no lo sabe. Si Bravo le dice que deja el trabajo, ella va a decir que no: que el dinero, que un año más. Por eso no dice nada. Se lo va a decir en la puerta de la casa, con la maleta en la mano.

El regalo verdadero no está en la caja.

Por la ventana, junto a la reja del puerto, ve una manifestación⁷: jóvenes con pancartas⁸ verdes, gritando algo del mar y del petróleo. Bravo los mira un momento, sin enojo. Luego mira su reloj.

Una mujer cruza la pista, con una chamarra⁹ y una gorra. Trae una bolsa al hombro. La asistente, piensa Bravo. O la mecánica.

La mujer sube al helicóptero.

—Buenos días —dice.

—Buenos días —contesta Bravo.

La mujer se sienta adelante, en el asiento de la izquierda. Sus manos tocan los botones sin mirar. Se pone los audífonos¹⁰ y prende la radio.

—Torre¹¹, XA-JMR, lista para salir —dice—. Tres pasajeros y carga. Rumbo¹² a la plataforma seis.

Es la piloto. Bravo siente calor en la cara. Qué tonto, piensa.

—Perdón —dice—. Pensé mal. Usted es la piloto.

—Todos dicen eso —contesta ella, sin voltear—. Pónganse el cinturón, por favor.

El helicóptero sube. Abajo queda la ciudad, y luego solo el mar, verde y gris hasta el final del mundo.

Bravo también tiene audífonos, como todos los pasajeros. Adentro, con el ruido, es la única forma de hablar.

—Soy Bravo —dice—. El director de la prisión seis.

—Alma —dice la piloto—. Llevo tres meses en esta ruta, y casi nunca lo veo, director.

—Yo casi nunca salgo. Los turnos son largos.

—¿Y su familia?

—Espera en tierra.

—Sí —dice Alma—. Esa vida la conozco.

Abajo, a lo lejos, pasa otra plataforma, gris y sola sobre el agua. Antes eran plataformas de petróleo. Ahora son prisiones. La empresa las compra baratas y las llena de barrotes¹³ y de guardias.

—Cada mes llevo menos guardias a las plataformas —dice Alma—. ¿Por qué?

—Los guardias cuestan dinero. Yo pido más hombres. La empresa dice que no. Tres veces ya.

Alma no contesta. No hace falta.

Bravo mira a los dos guardias, atrás. Piensa en los directores de las otras plataformas. Hombres duros, de voz fuerte, que castigan¹⁴ rápido y duermen tranquilos. Otros directores son más duros. Él no es así. Tampoco quiere ser así.

Al este, muy lejos, hay una línea de nubes¹⁵ oscuras, gorda y baja sobre el agua. Bravo la mira un rato.

—¿Esas nubes? —pregunta—. ¿Es la tormenta¹⁶?

—Va para el este —dice Alma—. Pasa lejos de nosotros. Por ahora es un aviso¹⁷, no un peligro.

—¿Y si cambia?

—En el Golfo, en esta época, nunca se sabe. Pero hoy no. Hoy está tranquilo.

Bravo mira el agua gris. No le gusta el mar con mal tiempo. Nunca.

En medio del vuelo, la radio suena. Es la base.

—XA-JMR, tienes una llamada personal. ¿La pasamos?

—Pásenla —dice Alma.

Se oye una voz pequeña, una voz de niño.

—¿Mamá?

Alma sonrío, y toda su cara cambia.

—Hola, Emilio, mi amor. ¿Ya desayunaste?

—Sí. Mami Ximena pregunta: ¿vas a llegar para la cena?

—Dile a mami que sí. Me falta una vuelta nada más. Una vuelta y regreso. Nos vemos en la noche.

—Bueno.

—Te quiero. Pórtate bien, ¿va?

—Va.

La llamada se corta. Alma vuelve a poner las dos manos en los controles. Bravo mira por la ventana. No quiere escuchar, pero escucha todo. Piensa: a ella le falta una vuelta. A mí me falta un mes. Pone la mano sobre el portafolios, donde está la caja con el moño rojo.

Adelante, en el mar gris, aparece una forma. Al principio es solo una mancha¹⁸. Después crece: una torre de hierro sobre el agua, enorme, sola, con una luz roja arriba.

La plataforma seis. Su plataforma. Por última vez.



La plataforma seis aparece en el mar gris.

Bravo conoce cada piso. Arriba de todo, el helipuerto. Abajo, los pisos de la prisión: las celdas, los guardias, su oficina. Y más abajo, cerca del agua, los pisos viejos de los tiempos del petróleo — cerrados, oscuros, con las puertas con llave. Ahí ya no baja nadie.

Bravo la ha visto cien veces. Hoy se ve más oscura, más quieta. Como un animal dormido, piensa, y no sabe por qué lo piensa.

El helicóptero baja hacia ella.

Vocabulary

ESPAÑOL	ENGLISH
<i>el traje</i>	suit
<i>el portafolios</i>	briefcase
<i>la pista</i>	apron / tarmac (airfield)
<i>el director</i>	the warden / the man in charge (of the prison)
<i>el moño</i>	bow / ribbon (Mexican)
<i>el turno</i>	shift / rotation (work period)
<i>la manifestación</i>	demonstration / protest
<i>la pancarta</i>	banner / placard (protest sign)
<i>la chamarra</i>	jacket (Mexican)
<i>los audífonos</i>	headphones / headset
<i>la torre</i>	(control) tower
<i>el rumbo</i>	heading / course
<i>los barrotes</i>	bars (of a cell)
<i>castigar</i>	to punish
<i>la nube</i>	cloud
<i>la tormenta</i>	storm
<i>el aviso</i>	a warning / notice / watch
<i>la mancha</i>	spot / stain / smudge

Grammar — *me falta* / *le falta* (how much is left).

Spanish uses the verb **faltar** to say what's *missing* or *still to come*, and it works a bit backwards from English. *Me falta una vuelta* is literally “to-me is-missing one trip” — but you say it in English as “**I have one trip left.**” The thing that's missing is the subject, and the person is *me* / *te* / *le*. Watch how this chapter uses it twice, side by side: Alma says *me falta una vuelta* — one flight between her and dinner at home — and Bravo thinks *a mí me falta un mes* — one month between him and going home for good. Same verb, two people counting down.

Summary: Bravo, the warden of “Platform 6” — a decommissioned oil rig now used as an offshore prison — boards a helicopter in Ciudad del Carmen for his final rotation: one more month, then he's quitting and going home for good to his wife of thirty years, who has been sick for two. She doesn't know he's quitting — she would tell him not to — so he plans to tell her at the front door, suitcase in

hand; the small wrapped gift in his briefcase is only part of the news. He takes the woman crossing the tarmac for an assistant; she sits down in the pilot's seat, and he apologizes, embarrassed. The pilot's name is Alma. Bravo has asked the cost-cutting company for more guards and been refused three times, and he knows he isn't hard the way other wardens are — and doesn't want to be. He asks about a line of dark clouds far to the east; Alma says the storm is tracking away and is only a “watch,” though Gulf weather can change fast. He overhears her take a call from her young son, Emilio — who relays a question from his mami, Ximena, Alma's wife — and promise to be home for dinner: one trip left. As they descend, the rig looks darker and more still than usual, and a thought crosses his mind: like a sleeping animal.

Capítulo 2 — La última ronda

El helicóptero toca el helipuerto¹, arriba de todo, en el techo de la plataforma. El viento empuja fuerte aquí, tan lejos de tierra.

Bravo baja con los dos guardias. El metal vibra bajo sus zapatos. Conoce ese temblor². Veinte años. Es su casa, y no es una casa.

Alma apaga los motores y baja también.

—¿Cuánto tiempo se queda? —pregunta Bravo.

—Unas horas. Dejo comida, recojo unos papeles. Después, la última vuelta a tierra.

—Pues bienvenida a la seis —dice Bravo—. El café de la cocina es malo, pero está caliente.

Alma sonríe un poco. Bravo se va con los guardias, escaleras abajo.

Cada primer día de turno, Bravo hace una ronda³: baja piso por piso y mira todo con sus propios ojos. Hoy es su última primera ronda. Deja el portafolios en su oficina y empieza.

Los pisos de la prisión son todos iguales: pasillos⁴ largos, y a los lados, las celdas⁵, con barrotes de piso a techo. Desde el pasillo se ve todo el interior de cada celda. Hay pocos guardias — pasillos enteros sin uno. Los presos lo ven pasar.

En un pasillo, un guardia lava el piso con una manguera⁶. El agua se lleva algo rojo hacia la coladera⁷.

—¿Qué pasó aquí? —pregunta Bravo.

—Una pelea⁸, director. Dos presos, por un cigarro. Uno le abrió la cara al otro con una cuchara⁹.

—¿Y el herido¹⁰?

—En la enfermería¹¹. Le van a coser¹² la cara.

—¿Y la cuchara?

—La tenemos, director.

Bravo mira el agua roja un momento. Veinte años, y todavía no se acostumbra. Un hombre puede matar a otro por un cigarro.

—Cámbialo de celda —dice—. Quince días sin subir al patio. Y mañana lo quiero ver en mi oficina.

—Sí, director.

Dos celdas más allá, un preso viejo esconde algo bajo su cama: pan del comedor. Está prohibido. Bravo lo ve. El preso lo mira, quieto, esperando.

—Cómetelo hoy —dice Bravo—. Otro guardia te lo quita.

Y sigue caminando.

El guardia de la manguera lo mira. Es una mirada corta, pero Bravo la conoce bien: *blando*¹³. Bravo sigue su ronda. Ya no le importa.

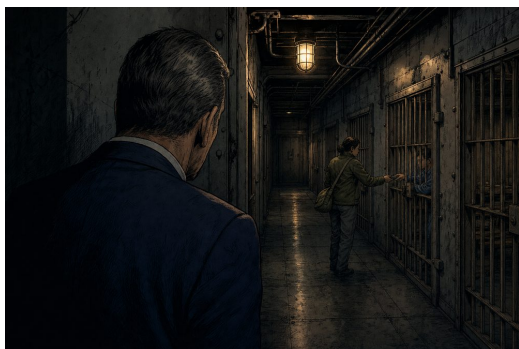
En el pasillo B, Bravo se detiene antes de la esquina. Hay voces. Adelanta la cabeza, despacio.

Es la piloto, con su bolsa al hombro. Los guardias la conocen y la dejan pasar; viene cada mes. Está frente a una celda, hablando con un preso joven: Beto. Bravo conoce su expediente¹⁴: un robo¹⁵ que salió mal, hace tres años; alguien murió, pero no fue su mano. Mala suerte, no maldad¹⁶.

Alma mira a los dos lados del pasillo. No ve a Bravo. Saca algo de su chamarra y lo pasa rápido entre los barrotes.

Es un chocolate.

Beto lo esconde en un segundo. Sonríe, y por un momento no parece un preso. Solo un chico con un dulce.



Alma pasa un chocolate entre los barrotes de la celda de Beto.

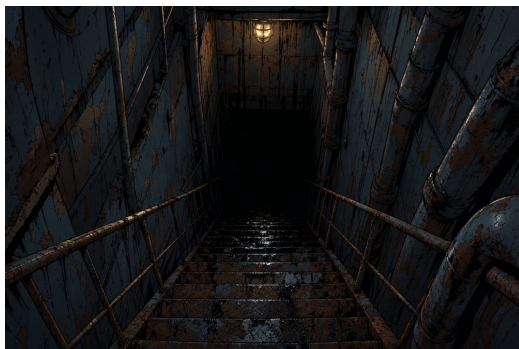
Está prohibido, claro. La regla es clara: reporte. Bravo mira un segundo más, da un paso atrás, sin ruido, y se va por otro pasillo.

La ronda termina abajo, donde terminan todas: en la escalera de la parte vieja. Los cuartos del laboratorio¹⁷, cerrados desde los tiempos del petróleo. Ahí abajo quedan los tanques de antes, vacíos desde hace años.

Desde la pasarela¹⁸ de afuera, Bravo mira hacia abajo: muy abajo, casi en el agua, las dos lanchas¹⁹ salvavidas — dos cápsulas naranjas, gordas, colgadas de sus rampas sobre el mar. Nunca ha visto caer una. Espera irse sin verlo.

Vuelve a la escalera. Del fondo sube un olor. Óxido²⁰, y algo más. Algo espeso.

Bravo se queda quieto un momento. La escalera baja y baja, y la luz no llega al fondo. En veinte años, nunca ha bajado hasta allá. Nunca ha tenido una razón.



La escalera de la parte vieja, que baja a la oscuridad.

Firma la hoja de la pared y sube. Sube rápido. Más rápido que al bajar.

En su oficina lo espera una montaña de papeles: las firmas del final del turno. Tiene que firmar cien hojas. Le faltan todas.

Antes de empezar, abre el portafolios y saca la caja con el moño rojo. La pone en la repisa²¹, frente a su silla, donde puede verla. Un mes.

Empieza a firmar.

Un guardia toca la puerta.

—Director. Llamó la base. La tormenta cambió de rumbo. Ya no va al este. Viene para acá. Y ya no es un aviso.

Bravo deja la pluma²².

—¿Y la piloto?

—No puede volar. Tiene que quedarse esta noche. ¿Y dónde la ponemos? Arriba no hay cuartos libres. Con la tormenta, el turno viejo no se va.

Bravo mira por la ventana. El cielo del este ya no está lejos: está más gris, más bajo, más cerca del agua.

—El cuarto del personal, en el piso de las celdas —dice—. El que está junto a la oficina de guardias. Dale una cama y un lugar en el comedor. Y un guardia cerca, toda la noche.

El guardia se va. Bravo se queda con la pluma en la mano, sin firmar.

Nos vemos en la noche, dijo la piloto en su llamada. Un niño espera en una puerta, en tierra.

El viento empuja la plataforma. Muy abajo, el metal cruje²³. En la parte vieja, donde no baja nadie.

Vocabulary

ESPAÑOL	ENGLISH
<i>el helipuerto</i>	helipad / helideck
<i>el temblor</i>	trembling / vibration
<i>la ronda</i>	(inspection) round / patrol
<i>el pasillo</i>	corridor / hallway
<i>la celda</i>	(prison) cell
<i>la manguera</i>	hose
<i>la coladera</i>	drain (Mexican)
<i>la pelea</i>	fight
<i>la cuchara</i>	spoon
<i>el herido</i>	the injured man
<i>la enfermería</i>	infirmary / sickbay
<i>coser</i>	to sew / stitch
<i>blando/a</i>	soft (of a person: weak)
<i>el expediente</i>	file / record
<i>el robo</i>	robbery / theft
<i>la maldad</i>	evil / wickedness
<i>el laboratorio</i>	laboratory / research lab
<i>la pasarela</i>	walkway / gangway
<i>la lancha (salvavidas)</i>	(life)boat
<i>el óxido</i>	rust (cf. oxidarse, to rust — Prologue)
<i>la repisa</i>	shelf

ESPAÑOL	ENGLISH
<i>la pluma</i>	pen (Mexican)
<i>crujir</i>	to creak

Grammar — *tener que* + verb (to have to do something).

To say someone **has to** do something in Spanish, you use ***tener que*** + the plain (infinitive) verb. You'll see it twice near the end of this chapter: Bravo *tiene que firmar cien hojas* — he “**has to sign** a hundred pages” — and the guard reports that the pilot *tiene que quedarse esta noche* — she “**has to stay** tonight.” It's simple and very common: *tengo que trabajar* (I have to work), *tienes que comer* (you have to eat). The verb after *que* never changes — it stays in its dictionary form. Nobody wants to stay on the rig tonight. With the storm coming, they have to.

Summary: Bravo lands on Platform 6 and begins his usual first-day inspection round — his last before he retires. He finds a guard hosing blood off a corridor floor: two prisoners fought

over a cigarette, and one cut the other's face open with a spoon. Bravo confirms the weapon was recovered and deals with the attacker calmly — a cell change, fifteen days without the yard, a summons to his office. Two cells on, he finds an old prisoner hiding bread and lets him keep it with a quiet warning, which draws a short look from the guard: soft. Around a corner he watches the pilot, Alma — a regular the guards wave through — slip a chocolate through the bars to Beto, a young prisoner whose file says a robbery went wrong three years ago; Bravo steps back without a sound. His round ends at the sealed old laboratory stairs, where a thick smell rises from a darkness he has never gone down into, and he climbs back up faster than he came down. Then a guard brings news: the storm has turned, the pilot has to stay the night, and with the old shift stranded aboard there are no free rooms above — so Bravo assigns her the staff room on the cell floor, next to the guards' office, with a guard posted near all night.

GROWN UP LANGUAGE

Keep reading

That's the opening. The rest of the story
— and what is waiting down in the dark
— is in the full book.

Read the whole book free:

grownuplanguage.com

*Enjoying it? Send a friend to grownuplanguage.com
for their own free copy.*